



EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de Relatos. IX

Teatro pasado
por agua

JOSÉ ROMERA CASTILLO

Agua corriente

ANDRÉS MOLINARI

El agua de
aquellos días.

Cantos de neblinas

JOSÉ M^º COTARELO ASTURIAS

GRANADA MMXV

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de
Relatos. IX

Teatro pasado por agua

JOSÉ ROMERA CASTILLO

Agua corriente

ANDRÉS MOLINARI

El agua de aquellos días
Cantos de neblinas

JOSÉ M^º COTARELO ASTURIAS

Teatro pasado por agua

JOSÉ ROMERA CASTILLO

*No se aprecia el valor del agua
hasta que se seca el pozo*

PROVERBIO INGLÉS

LA PALABRA AGUA no moja, como indicaba el escocés-canadiense Alan Watt, pero donde llega el agua hay riqueza, y donde no, pobreza. Mucha razón lleva el ancestral dicho popular. El agua como fuerza motriz de la naturaleza –según sostenía Leonardo da Vinci– se ha introducido de una manera plácida, unas veces, y a raudales, otras, en los intersticios del arte (en la pintura, en la arquitectura, en la música, en la poesía, en la literatura en general y en otros ámbitos). El teatro no iba a ser ajeno al hecho. El agua en el teatro, en sus diversas manifestaciones, ha tenido una presencia destacada en algunas modalidades de sus espectáculos.

Estas eran las iniciales reflexiones que el periodista Rocas, oriundo de Granada, aunque afincado en Madrid, iba teniendo al salir de su casa e iniciar el paseo diario, recomendado por su galeno, en esta ocasión, desde

los alrededores del río Genil hasta la Fuente del Avellano, en el primer día de estancia en su ciudad: su querida e inolvidable Granada. Paseo que le traía una serie de gratos recuerdos de su añorada infancia y primeros peldaños de juventud especialmente.

Mientras caminaba hacia la mencionada fuente –y aun teniendo en cuenta que lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano, como pensaba Isaac Newton–, recordaba, en aquella limpia y clara mañana primaveral, espacios y actividades escénicas, relacionados, con el agua, y sus diferentes tipologías: desde las célebres naumaquias romanas, donde se escenificaban espectáculos en los que se recreaban batallas navales, en un foso excavado a las orillas del Tíber –como la primera de la que se tiene noticia, la de Julio César ofrecida al pueblo de Roma en el año 46 a.C.–, pasando por las representaciones de batallas navales en espacios con agua en nuestro Siglo de Oro, como las llevadas a cabo en el estanque del Retiro, por ejemplo, donde en una calurosa noche, la del 3 de julio de 1640, se puso en escena *El mayor encanto, amor* (de Calderón de la Barca, Rojas Zorrilla y Antonio de Solís) y donde Calderón y Lope de Vega representarían algunas de sus obras, con un gran despliegue técnico y barroco, hasta llegar a nuestros días, como es el caso, por ejemplo, del *Cutty Sark* londinense, un velero construido en 1869 y dedicado al comercio del té y del algodón, restaurado recientemente, en el muelle de Greenwich, que se convirtió durante dos semanas, en 2014, en una sala de teatro, en su bodega inferior, con una programación de comedias, cabaret y conferencias. Con el tema evocado, el periodista-paseante se encontraba como pez en el agua.

Su memoria no olvidaba que en su estancia valenciana reciente había contemplado la esplendorosa fachada del palacio del marqués de Dos Aguas, propiedad de los Rabassa de Perellós, convertidos por Carlos II en el mencionado marquesado, hoy Museo Nacional de Cerámica y de las Artes Suntuarias González Martí. O cuando el año pasado había paseado

por el Teatro del Agua, en el puerto de Las Palmas de Gran Canaria, un espacio, diseñado por el arquitecto Nicholas Grimshaw, donde se combina un edificio en el que se desarrolla gran parte de la actividad cultural de la ciudad y una planta energética de producción de agua, una desalinización ecológica, que no precisa ningún tratamiento químico posterior para ser utilizada. Por no dejar de mencionar otro caso –recordaba– cuál era el del esplendoroso Teatro Agua y Luz, frente a la dura pobreza del pueblo, ante el que paseó hace unos años, construido por el dictador de la República Dominicana, en su capital, en 1955, para conmemorar los veinticinco años en el poder de Rafael Leonidas Trujillo, hoy en claro abandono.

Mientras caminaba a un paso no muy rápido, pero escasamente lento, como recomiendan los entendidos, trató de recordar títulos teatrales en los que la palabra agua tuviese una presencia palpable. Sabía, eso sí, que son numerosas las obras que llevan en su denominación el mencionado vocablo. Recordaba, pese a que su memoria se iba languideciendo por el estricto e inexorable paso de los años, algunos títulos, unos con mayor exactitud y otros con menos. Y a ello se puso. Como por ejemplo, uno, foráneo, como No te bebas el agua, la primera obra teatral de Woody Allen, escrita en 1968 –que recordaba haber leído en una edición de Tusquets (2006)–, puesta en escena, un año después, en el Broadway neoyorquino, que constituye una sátira contra la intolerancia política en general y de la incomunicación de las familias, y que fue llevada posteriormente al cine por Howard Harris, en 1969.

– ¿Pero de cuántos títulos se acordaba en el teatro español?, se preguntaba silenciosamente.

– Pues unos cuantos –se decía a sí mismo–. Se detuvo y se sentó en uno de los bancos de Plaza Nueva, conocida en la época nazarí como Rahbat-al-Hattabin (Plaza de los leñadores), rebautizada más tarde por los cristianos, en la remodelación urbanística de la ciudad, ordenada por los Reyes Católicos, como Plaza Nueva, donde se asienta uno de los edificios

públicos más bellos y emblemáticos de Granada, la Real Chancillería –hoy Tribunal Superior de Justicia de Andalucía–.

Se acordaba, por ejemplo, que Andrés de Claramonte, compuso De esta agua no beberé –leída recientemente en la edición de Cátedra (2008)– y que fue representada, según recordaba, en 1617. La pieza es una de las versiones teatrales sobre la leyenda de don Pedro el Cruel, en donde se advierte un simbolismo basado en el agua y sus varios sinónimos poéticos, especialmente el cristal o vidrio, según algún crítico (A.V. Ebersole, creía). El rey, de paso por Extremadura a Sevilla, se detiene para dar de comer a su caballo, ofreciéndole doña Mencía un vidrio lleno de agua para aplacar su sed. Don Pedro se enamora de ella y esta lo rechaza, ordenando este a su marido que le dé muerte. Por ello, el dramaturgo acude al dicho: agua que no has de beber, déjala correr.

– Esto es algo lejano –pensó–. ¿Piezas más recientes? Sin duda que las hay. ¿Pero cuáles? Y prosiguió su camino.

Esforzando su memoria, mientras recorría la Carrera del Darro, que discurre al lado del cauce del mencionado río, llegó, en primer lugar, hasta la obra de Enrique Jardiel Poncela, Agua, aceite y gasolina, una comedia en 4 actos, estrenada en el teatro de la Zarzuela, el 27 de febrero de 1946 –que leyó en la edición de Biblioteca Nueva (2006)–, en la que Mario, traicionado por su amante, María Leticia, con la que tenía planeado fugarse, tras quedar en una gasolinera, se vuelve loco, por lo que sus amigos acuden al doctor Sarols, que, como solución, propone que recurran a una muchacha casi analfabeta que se haga pasar por Leticia, por su parecido físico, con el fin de que este pueda recuperar la cordura. Una mezcla explosiva (en este caso de humor) como la del agua, el aceite y la gasolina.

Otros títulos teatrales que llevan incorporada la palabra agua se le vinieron a la memoria, como, por ejemplo, el del vallisoletano Manuel Alonso Alcalde, Agua en las manos –estrenada en el Ateneo de Madrid (1961) y publicada por Escelicer (1972)– y el de la dramaturga Aurora Mateos, con

Agua –que había leído en la edición de *La Avispa* (2003)–, en la que tres jóvenes (Enrique, Oliver y Mateo), que están dando la vuelta al mundo, llegan al Mar de Aral, en Uzbekistán, donde esperan un tren, apareciendo Silvan, un traficante de armas, para ofrecerles cambiar su garrafa de diez litros de agua que llevan con ellos por una pistola, dándose cuenta después que todo el agua de los alrededores estaba contaminada.

El periodista-caminante llegó a uno de los parajes más bellos de la ciudad granadina. Se detuvo y se sentó en unos de los bancos, en el Paseo de los Tristes, llamado así, como es bien sabido, por ser el lugar por donde pasaban los cortejos fúnebres camino del cementerio, pese a que su nombre oficial fuese el de Paseo del Padre Manjón, sacerdote, catedrático y pedagogo, natural de Burgos, fundador de las escuelas del Ave María, situadas frente a la monumental Alhambra. La rotulación, por mucho que se empeñen los políticos de turno, la fijan y mantienen los sentimientos del pueblo. Y empezó a recordar algunos de ellos.

En efecto, había dos títulos sobre los que el que el caminante quiso recordar y pensar en ellos, por haber asistido a unas puestas en escena, en Madrid, recientemente.

El primero, *Ojos de agua*, un monólogo basado en *La Celestina*, de Fernando de Rojas, con dramaturgia de Álvaro Tato y dirección de Yayo Cáceres –dos miembros de la compañía Ron Lalá–, representado en el Teatro Español, en la sala Margarita Xirgu, del 26 de marzo al 26 de abril de 2015, interpretado magistralmente por esa actriz de raza, Charo López –una Ava Gardner de este lado del Atlántico (a la que oí llamar Maizena en más de una ocasión por aquel eslogan de “dos veces buena”)–, dando voz, cuerpo y alma en este monólogo a la alcahueta más universal de nuestra literatura, junto a Fran García y Antonio Trapote en la música en directo. *Ojos de agua* reúne los más inolvidables pasajes de la obra inmortal de Fernando de Rojas. Como se señalaba en la propaganda del espectáculo –quería recordar– con estas palabras: estamos ante un monólogo sobre

el tiempo gozado y perdido, el sexo como placer y arma, la belleza como regalo y condena, la alegría de vivir a pesar de todo. Celestina lleva en sus ojos el precio de la belleza perdida, la independencia a dentelladas, la inteligencia oculta. Celestina es el poder femenino en la sombra, y también la víctima de su propia astucia. Más o menos se afirmaba en el juicio crítico.

Se levantó del duro asiento, contempló absorto la irreplicable Alhambra y mientras iniciaba de nuevo su camino, tras cruzar el puente del Aljibillo, tomando, a la izquierda, el serpenteante camino de tierra, prosiguió con lo que anteriormente recordaba. Que no era otra cosa que el segundo título que se le venía a la memoria.

En efecto, el título evocado era el de una zarzuela, en un acto, Agua, azucarillos y aguardiente, con música de Federico Chueca y libreto de Miguel Ramos Carrión, estrenada en el Teatro Apolo de Madrid, el 23 de junio de 1897, que se compuso, como se indica en su subtítulo (Pasillo veraniego), para ser representada en el verano de ese año, situándose su trama en las proximidades de la verbena de San Lorenzo, el 9 de agosto, en el paseo madrileño de Recoletos. Y como era verano, el agua importaba mucho. Obra que el periodista-paseante había releído (en la edición de la editorial Castalia, de 1998) y a cuya representación había asistido, en el Teatro Victoria de Madrid (situado en la calle del Pez), durante unos 90 minutos, pagando 20 euros por la entrada, el domingo 5 de abril de 2015 (repitiéndose sus representaciones en los otros domingos del mencionado mes: los días 12, 19 y 26); una puesta en escena por la compañía Ditrámbak, con adaptación y dirección de Óscar Cabañas. Recordaba que en la pieza –en la que como título se recoge el grito habitual de los vendedores callejeros del Madrid de finales del siglo XIX (¡Agua, azucarillos y aguardiente!)– se presentan diversos personajes de la sociedad castiza del Madrid de entonces (chulapos y chulapas, Manolos y Manolas, barquilleros, cigarreras, castañeras, etc.), entre los que destacan las aguadoras: Pepa, que regentaba un quiosco de aguadora y Manuela, una aguadora

sin puesto, emparejada con el torero Vicente, novio antiguo de Pepa. Una pieza muy significativa y de mucho éxito en su trayectoria escénica en la que el agua adquiere un protagonismo destacado.

Tras el relajador descanso, el periodista-caminante siguió su camino, sin perder el hilo de sus acuíferas reflexiones. De lo anteriormente recordado –cuando el río suena, agua lleva–, decidió dar un salto temático y abordar otros aspectos en los que el agua y otras artes escénicas o no tuviesen una estrecha y fluida relación.

Una de ellas, la del circo, llamaba su atención. Había leído en la Guía del Ocio madrileña que próximamente se iba a estrenar un espectáculo con el siguiente título, Barolosolo: el tiempo del agua, en el Teatro Circo Price de Madrid, que estaría en cartel del 6 al 9 de mayo de 2015, al que pensaba asistir. Leyó –y ahora recordaba– que el argumento trataba de dos músicos que ofrecían un concierto en un kiosko de música, pero que, sin saber por qué, este se inunda de agua. “Todo se pone patas arriba: un músico en las nubes que no se entera, otro que no soporta mojarse, ni él ni su guitarra. De esta situación clownesca nace el circo: por no querer tocar el agua. Pero inexorablemente el agua sube y de repente nos encontramos en medio del océano, en un universo onírico en el que todo se transforma y nos envuelve en música.” Se añadía que Barolosolo había viajado por todo el mundo, ofreciendo más de 300 actuaciones por toda Europa, América y Australia. Esta creación acuática de Mathieu Levavasseur y William Valet obtuvo el Premio al Mejor Espectáculo en el festival TAC de Valladolid. Espectáculo, tierno como divertido, que ha recibido –se decía– las mejores palabras de la crítica, más o menos con estos juicios: un espectáculo seductor y turbador, con imágenes poéticas inesperadas y frágiles (Télérama TTT); el juego de dos amigos se convierte en una justa de payasos en la que lo absurdo replica a la fantasía (La Terrasse); las situaciones más absurdamente cómicas, las escenas adorablemente poéticas, la obra arrastra a los pequeños, y a sus padres, a reír sin fin (La Presse), etc.

Las evocaciones del caminante discurrían ahora por otro sendero artístico, el del cine. Recordaba películas, entre otras, como, por ejemplo, una que le agradó mucho, la mexicana *Como agua para chocolate*, de Alfonso Arau, de 1992, basada en la novela con título homónimo de la también escritora mexicana Laura Esquivel –que fue uno de los libros más vendidos de las creaciones literarias del mencionado país–, una historia de amor “mágico-realista”, en tiempos de la Revolución, en los que la gastronomía y el agua ocupan un lugar destacado y que sirven de nexo de unión y metáfora de los sentimientos de los personajes. Por no mencionar otras como la controvertida película india *Agua*, de Deepa Mehta, de 2005 –un componente de la trilogía *Fuego* (1996) y *Tierra* (1998)–, sobre la marginación de las niñas casadas por mandato con hombres mayores, según una tradición hindú, que una vez que enviudan se ven obligadas a recluirse en un ashram, una especie de convento, portando su sari blanco y con la cabeza rapada, y que se ven obligadas a vivir ganándose unas míseras rupias por mendigar en la calle. Película que, por cierto, le había causado una gran impresión al verla hace algunos años en un cine de Portugal...

Y llegó finalmente el periodista-paseante, tras superar el bello sendero de tierra roja que discurre por la parte baja del cerro del Generalife, a su destino marcado: la legendaria y romántica Fuente del Avellano –comparada por el escritor, político y diplomático francés François-René de Chateaubriand, autor de *Memorias de ultratumba*, con las fuentes del departamento de Vaucluse, en Fontaine-de-Vaucluse, una población ubicada en la región de Provenza–, en la que nuestro Ángel Ganivet, por ejemplo, concitaba reuniones de la Cofradía del Avellano, fundada por el egregio escritor, cuyas aguas cristalinas y puras se vendían antaño por los aguadores en la ciudad, llegándole a añadir propiedades medicinales. Pensó que no seguiría el famoso dicho “de esta agua no beberé”, sino que, algo acalorado, degustó una y otra vez, a leves sorbos, la deliciosa y cristalina agua del manantial. Después, se acomodó, relajado, contemplando el ba-

rrio del Sacromonte, encontrando de manera inesperada a un viejo amigo, compañero de colegio, que también había emprendido el mismo destino con su elegante y bella mujer, lo que hizo que se corriese el telón monológico de recuerdos teatrales pasados por agua y la amistosa conversación tomase otros rumbos de recuerdos que afluían a torrentes de uno y otros interlocutores. Pero sin olvidar, en el fondo de su ánimo, que, junto al aserto popular de algo tendrá el agua cuando la bendicen, el pensamiento del poeta y ensayista británico, nacionalizado estadounidense, W.H. Auden: si las personas pueden vivir sin amor, ninguna puede hacerlo sin agua.

Agua corriente

ANDRÉS MOLINARI

EL AUTOMÓVIL, grande, negro y brillante, llegó con retraso. Mi padre varias veces me había soltado de la mano para consultar su Longines de oro. Aquel que había comprado en un economato militar cuando a su hermano lo ascendieron a comandante, y que un día heredaría yo. Otros trataban de encontrar con la mirada el reloj de la torre, pero estaba lejos, allí arriba en la plaza, y con el nuevo edificio que venía a inaugurar el señor Gobernador, no se veía nada de aquella parte del pueblo.

Mi padre tenía que estar allí. Era el maestro del pueblo: una de las fuerzas vivas, y si no recibía al Gobernador, y lo saludaba, podía dar la nota, como le dijo la parvulista, que siempre lo aconsejaba bien. No sé si llevándome a mí de la mano la cosa le parecía menos oficial. Seguro que sí. Saludó a aquel señor regordete de sombra, brillante de piel, vestido de oscuro y con bigote muy fino. Yo no perdía detalle, pero no entendía a qué venía aquel señor, con toda su escolta a nuestro pueblo. Al fin lo dijo:

“Vengo a traer agua corriente. El agua tan deseada. Así celebramos aquí los Veinticinco años de Paz.”

¿Agua corriente? ¿Qué era el agua corriente? ¿Acaso no corría el agua por las acequias de nuestra vega?

Me gustaba verla marchar suavemente por entre los labrantíos, cuando mi padre, al salir de la escuela, me llevaba de paseo por los alrededores del pueblo. A veces incluso, alguna tarde, metía la mano en el agua y hacía como que quería parar su diminuto ímpetu. Su melenita de espejo. Como si deseara parar todos los ímpetus, todo lo que corría, todo lo que era corriente. Sacaba la mano llena de verdín y mi padre me regañaba, pero sin acidez ni malhombría. Otras veces nos alargábamos hasta el pozo del yuntero, que tenía motor propio para sacar el agua, aquel del que bebía medio pueblo, y mi padre me decía que se me iba el santo al cielo mirando aquel turbión, nacido de las entrañas de la tierra, caer en el zanquilón y luego derramar su agitado tumulto hacia el saetillo, antes de abrirse en fugaz abanico traslúcido y alargarse a enaguazar la misma tierra de labor que lo vio nacer de sus entrañas. Con el tiempo comprendería que yo también soy corriente, agua corriente, que nazco de Dios sabe qué profundidades y que un día volveré a la tierra, absorbido por su húmeda y eterna maternidad. Y luego al mar, según decían unos versos que leía mi padre en voz alta en la escuela.

—Vamos, niño. Deja de estarte ahí, embobado como un pasmarote. Que el tren está al llegar.

Y miraba su Longines.

Y es que mi padre daba un rodeo por las acequias de la vega para que no lo vieran ir a la estación. Porque el maquinista del tren correo le traía desde Algeciras unas pastillas de picadura, que conseguía allí de estraperlo y luego las iba vendiendo por toda la línea de Renfe, a clientes fijos como mi padre. A mí me gustaban aquellos dibujos dorados y rojos que había en su envoltorio. Parecían monedas de países lejanos a los que nun-

ca yo viajaría. Cuando mi padre se juntaba con Pascual, el linero, uno de los dos invitaba a papel de fumar y ambos liaban su cigarro con parsimonia y delectación. Sacaban un ardite de punta de lengua para mojar la goma del borde de aquel papel de seda, creando un renglón de salivilla y luego perfeccionaban la obra cilíndrica con la yema del índice hasta dejarlo barrilete perfecto. Por eso me extrañé tanto el día que vino el Gobernador al ver que él y su gente traían el tabaco ya liado. Y lo sacaban de unas cajetas que se parecían a las de anises que vendían en la feria. Y lo fumaban con un orgullo que yo no comprendía cuando prometieron que el pueblo tendría agua corriente. Y que eso se debía a que estábamos en paz durante veinticinco años. ¿Es que cuando se está en guerra, el agua no corre? ¿Qué corre entonces por los labrantíos y los surcos del campo?

Pascual era un hombre sencillo y silencioso. Al oír las promesas y ver el humo del Gobernador se me ocurrió pensar en lo diferentes que pueden llegar a ser los hombres que hay en el mundo. Pascual, el linero, el amigo de mi padre, se ponía el cigarro en los labios y ya no se lo quitaba en toda la tarde. Lo iba encendiendo conforme se le apagaba y vuelta a empezar, hasta que devenía en colilla para ser escupida. Porque Pascual, como los demás lineros del pueblo, necesitaba las dos manos para majar el lino. Mientras lo hacía él me echaba una mirada, creo que de sorna, comprobando que yo no pestañeaba hipnotizado por su bataneo sobre la fibra recién fermentada. Yo veía su intermitente mirada con el rabillo del ojo y creo que se hinchaba un poco de tener al menos un espectador de su teatro insistente, mudo, pero sonoro. Golpes y golpes con el mazo sobre la hierba sacada de la acequia, aun algo tersa pero ya blanda y moldeable.

Unos meses antes, hacia el mes de la Pascua, había que sembrar el lino en el marjal. A veces Pascual se adelantaba y lo sembraba antes de la matanza.

—El Zaragozano, hijo, el Zaragozano. Me decía.

Y para eso no servían todas las tierras. Tenía que ser de vega, con tierra

llegada desde la Sierra, que es la que tiene poca cal, y no lejos de hontanal para que la humedad lo hiciese creer tierno, aunque sin exceso que si no se aguachina la raíz. Pascual ponía todo su esmero en enseñarme esas cosas, casi emulando a mi padre que, aunque era el maestro oficial del pueblo, de acequias y de lino no entendía nada. Aquella humedad me la imaginaba yo como el agua corriente recatada en los sótanos del mundo, aquella que de vez en cuando desdeñaba su recato y salía, extrovertida, lozana y un tanto picarueta, por el pozo del yuntero, el que tanto me embelesaba. A veces me iba con Pascual a la siembra y, sin que él me viera, me echaba unas cuantas semillas de lino en la boca. Cosa de críos. Así descubríamos el mundo. Aquel sabor acre y pastoso nunca se me ha llegado a eliminar por completo de mi paladar. Luego, pasados muchos años, en el estudio de un pintor amigo mío, un día quise compararlo con el sabor del aceite de linaza, que se extrae de aquellas mismas semillas, también machacándolas. A hurtadillas cogí uno de los frascos de su anaquel, me llevé su gollete a la boca, para ver si con el sabor de la linaza evocaba a Pascual, a los paseos con mi padre, al agua casi estancada de las acequias y del azud, al lino del bancal... Pero no. No era igual. La niñez acrecienta lo que la adultez casi vulgariza.

Una vez trazada la besana, compuesta la sementera y realizada la primera riega, casi siempre a manta, había que esperar. No mucho, porque el lino crecía rápido. Aunque no tanto como el perejil, que mi madre lo sembraba en los tiestos del patio y a la semana ya estaba listo para trocearlo y echárselo a los boquerones en vinagre, junto a ajo muy picadito, y hacer lo que ella le llamaba anchoas. Para el lino con los tres meses de invierno era suficiente.

Y ahora comenzaba la tarea menos grata, las manos del hombre completando el quehacer de la tierra. Pascual y los demás lineros iban arrancando las matas en sazón: ni las muy bajas que eran blandas ni las muy talludas, que tenían ya atisbos de leña en su osamenta. Casi todas ya

lucían en la punta una bella flor de pétalos azules con venas cárdenas, que yo también me extasiaba mirando. Pero que no podía, porque todos se aprestaban a hacer con ellas manojos, como si fueran ramos de presente para una novia algo campesina y muy amante de las asperezas.

De prisa, los manojos a la acequia. Bien atados para que no se deshiciesen y enganchados a alguna piedra de esas que forman dos filas, como hilares de mujeres a lado y lado de la procesión del agua. Allí el lino iba fermentando. El agua corriente, que había llegado desde el mar, a través de secretos laberintos subterráneos, había preferido la raíz del lino a la de la mala yerba de al lado, había ascendido por el delgado tallo enhiesto, había dado turgencia a las hojuelas y había surtido de vida cada rinconcillo interior de aquel humildísimo vegetal, ahora corría por fuera. Ya no empapaba sus entrañas sino que bañaba su caparazón. Ella, con su discreto correr camino del azud o su recatado estancamiento en alguna anfractuosidad de la acequia, sabía qué parte de la planta tenía que podrir y deshacer y qué parte salvaguardar para que fuese fibra textil. Sabiduría ancestral del agua de la acequia, que en la lejanía, envidia. Quién fuera ella, corriente, sucia y a veces maloliente, ¿qué importa? pero discernidora de lo que es necesario preservar y lo que hay que dejar para que se encarroñe.

De vez en cuando Pascual pasaba por la acequia a ver como iba la cocción.

—Es lo mismo que se hace con el esparto, pero más fino. Me decía.

Yo no entendía aquello de fino. Creía que tenía que ver con la palabra lino.

Cuando mi padre tenía permanencias o debía quedarse en la escuela hasta horas crepusculares para darle clases a los analfabetos del pueblo, entre los que también había lineros jóvenes, yo me iba con Pascual a tentar los manojos. Él metía la mano en la acequia y, por el tacto, notaba si el lino estaba suficientemente fermentado; si se había deshecho, ya por fin, de la delgadísima pero inflexible madera y había quedado la docilísima fibra. Él sabía esas cosas. Las yemas de sus dedos estaban aliadas con su sabiduría de viejo linero. A veces me invitaba:

—Anda mete la mano tú.

Y yo la metía. Y sentía un calorcillo suave y tierno, como cuando tocaba las sábanas tibias de la cama de mis padres, cuando era muy pequeño, e iba allí buscando refugio, huyendo de alguna pesadilla infantil.

La acequia lo hacía todo. El agua, que había construido la trabazón de la ramilla, ahora era la que iba deshaciéndola.

—El agua es como el tiempo, sabes niño. Nos hace y nos deshace a su antojo.

Y yo miraba la acequia, el agua corriente que se negaba a correr, los trocillos de piel que ella arrancaba al lino y que navegaban como barquichuelos informes camino del rodezno o de la almenara. ¿Quién viajaba en ellos? ¿A qué playa irían a vararse? ¿Qué continente descubrirían aquellas carabelas?

Cuando el lino se había cocido del todo, era la hora de la trepidación. Se sacaban los manojos de la acequia, allí mismo se sacudían bien y se dejaban orear un día o dos, según la humedad del ambiente. Luego a majarlos, como el esparto, pero con más suavidad. Por eso Pascual tenía siempre el cigarrillo en los labios. Porque con una mano cogía el manajo por el jopo y con la otra le daba la paliza con el mazo de madera, que solía ser de almez o de fresno, aunque el primero pesaba algo menos y era más manejable. Y así hasta que la fibra estaba lacia y hecha hebras. Una pelambreira de color rubio claro, casi del tono de las natillas que hacía mi madre. Y todas a la banasta o a la cesta de mimbre. Horas y horas de majar el lino. La acequia, ya huérfana del visitante que había tenido tantas semanas en su seno, corría ahora más diligente en su camino hacia su desembocar pero, seguramente, más triste por no tener con quien detenerse a bullir un rato. Y las banastas con colmo. Al final de la jornada el lino en bruto se volcaba de ellas y se apretaba en sacos de yute o de lona y se pesaban en una romana grande que había colgada del techo. Una romana que, cuando era muy niño, me metía mucho miedo con esos ganchos como uñas de

gavilán gigantesco que bajaban de cielo y que parecía que un día me iban a enganchar para llevarme. Entonces era cuando me entraban aquellas pesadillas y tenía que correr hasta la cama de mis padres. Luego me daba vergüenza tenerle miedo a las romanas.

Un camión Barreiros, herrumbroso y mal pintado, venía todas las semanas a por los sacos de lino. Pascual no me daba la conversación aquel día. Y yo procuraba no molestarlo. Fumaba más que de costumbre, por eso mi padre le pasaba una parte de su pastilla de picadura. Estaba nervioso. Volvía a pesar los sacos, contaba los que iban cargando en el camión, sin quitarse el cigarro de la boca, sacaba otra pizca de lengua y mojaba la punta del lápiz, no solo para que escribiera mejor sino para que, entre ambos, aliados en una extraña comandita, calmasen la zozobra de uno y le saliesen bien las anotaciones al otro. Una vez cargado el camión hasta la balumba, el hombre que acompañaba al conductor y que parecía el capataz, miraba y remiraba las cuentas de Pascual y al final se sacaba un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y le daba con desgana unos cuantos al jefe de los lineros, que siempre recuerdo dejaba en su rostro un cierto aire de descontento. Pero eso no impedía que ellos se fueran con felicidad, más o menos fingida, a lugares del pueblo a los que yo no podía ir. Lugares en los que había toneles amugrentados, telarañas cenicientas por el techo y un orinal en una esquina para que los parroquianos escupiesen.

Pasados unos días Pascual me decía:

—Ahora ese lino irá a la capital. Allí están los telares. Con unos peines largos y finos lo cardarán y deshilacharán, lo harán hilos muy finos y entrarán en el torcedero de donde irán saliendo las hebras según el grueso que ellos quieran. Yo una vez fui a un sitio grande de la capital que le llaman La Casa de la Lona. Allí va nuestro lino, pero también el de otros pueblos, y algodón y yute... Allí se hacían las velas de los barcos, para que Colón descubriera América ¿Sabes?

América. Barcos. Velas. Viento. Viajar. Ver el mar. Ir al mar. Desembocar

en el mar. Y todo desde la humilde acequia de mi pueblo. Allí, en algún sitio de la inmensa altamar, se encontrarían ahora el agua de mi acequia, que ya habrá realizado su tránsito por la tierra y habrá llegado al mar, con el lino hecho velamen, ahora henchido por el viento pero mirando de reojo al agua que, cuando era matilla insignificante, tanto bien le hizo.

Ha pasado el tiempo. Más del que yo quisiera. Y mucha agua por las acequias de aquella vega. Heredé el Longines de mi padre. Alguna vez he ido al pueblo. La escuela, donde el pizarrín me enseñó ortografía, ahora está en ruinas. Dicen que van a hacer en aquel solar un hogar para personas mayores. Ya no habrá pizarras sino televisores. Ahora todas las casas del pueblo tienen agua corriente, sin el pretexto de años ni de paces. Nadie le da importancia. Todos creen que eso del agua corriente ha sido así desde que el pueblo se fundara. El Gobernador sólo lo ha visitado cuando un descerebrado mató a su mujer, y entonces volvió a prometer... no sé que cosa. Ya no hay lino en su labrantío. Ahora el lino lo producen naciones de tierras lejanas, que no venían en el mapa de colores que mi padre tenía colgado en la pared de la escuela. Aquel ante el que yo también me extasiaba haciendo viajes inefables, colocando aquí y allá las monedas de oro que venían impresas en la funda del tabaco de picadura que mi padre compraba al ferroviario. Hogaño, acequias de aguas desconocidas para mí, cuecen y fermentan las fibras con las que luego gentes de ojos rasgados e idiomas difíciles tejen la ropa de lino que encuentro aquí y acullá en el mercadillo o en la tienda encopetada. A veces la cojo entre mis manos y trato de hacer como hacía Pascual: llevar toda mi perspicacia hasta las yemas de mis dedos. Pero no. No consigo que ellas recuerden aquel tacto suave y casi lúbrico de la pelambreira de lino en bruto, cuando los lineros dejaban de majarlo y, ya doblgado, lo echan a la banasta, como para que descasase de la tremenda azotaina.

Ahora recuerdo todo aquello. Ahora que el agua corriente serpea en laberintos por mi espalda y tengo los ojos cerrados para que no me entre en ellos el jabón. Aquí, bajo esta acequia vertical que es la ducha. Donde los hombres limpiamos nuestro exterior de sudores y llenamos nuestra mente de propósitos. Aquí, como en aquellas acequias de mi niñez. Me siento como un manojito de vegetal ya añoso sumergido en agua, siempre agua, agua corriente que fermenta y reblandece. Pronto cerraré esta espita redonda de aspecto cromado que es como aquella compuerta ferrosa del repartidero, que decide qué agua corre y qué agua dejará de correr. Me sacudiré las gotas, secaré mi piel y saldé al mundo. El Pascual del día a día me espera para golpear y majar, una vez más, este lino cansado, que tantas veces ha intentado ser pelambrera suave para que alguien lo acaricie, tela con la que guarecer a alguien del frío o prenda con la que acicalar la compostura de alguien. O convertirse en velamen de nao con la que surcar plácidamente las aguas corrientes de cualquier vega del mundo, hasta ese mar que a todos nos está esperando.

El agua de aquellos días Cantos de neblinas

JOSÉ M^º COTARELO ASTURIAS

Hace años que me digo en voz baja algunas cosas. Debe ser que ya no me importa mucho saber qué va a responder el eco; esa sombra invisible sostenida en la profundidad del valle o del viento. Nunca se sabe.

Digo agua y pienso en madre. Se me viene entonces un diálogo interno, profundo, sostenido, con persistencia al retorno, a la infancia. Mi infancia de lluvia y de neblinas, de ríos salvajes y mansos recodos, manantiales por doquier, allá en mi Asturias añorada “verde de monte y negra de minerales” como canta mi paisano. Si cierro los ojos puedo sentir la niebla y el orvallo en los párpados, ver desde dentro los carámbanos descender de la piedra, las columnas de agua como mármoles dispersos sobre el horizonte, la nieve mansa sobre los prados, los rodeznos que componíamos sobre los regatos a los que reconducíamos con caños hechos de hojas de castaño. Uno vuelve a sus dominios personales hecho nostalgia. De alguna

manera, nos vamos haciendo de aquello que habitamos; una piedra, un río, el violín del viento o las infinitas formas del agua. Uno, se crea y retiene su originario; las montañas, los caminos, los mismos pájaros de entonces y el sempiterno murmullo del húmedo cristal de la memoria, detenida ahora en la galbana. A fin de cuentas, somos aquello que nos conforma, ésa es nuestra patria y nuestra enseña, la que alarga y persevera el sustrato de nuestra experiencia que trata de enumerar la verdad esencial de nuestro existir.

El agua fue esencial en mi vida. Lo sigue siendo. Llovía copiosamente el día que nací y a mi madre le llovían de los ojos intemporales gotas de gozo y de dolor al mismo tiempo. Se curaba así de una muerte reciente; la de mi hermano.

Toda mi infancia fue campo y lluvia, olor a hierba recién cortada y sonidos de manantiales y riadas. Todo se hacía o se diseñaba en función de la meteorología: "Arco iris al poniente deja el arado y vente", "Si las gaviotas van para el mar, coge el arado y ponte a labrar". Mirábamos al cielo expectantes y clementes. En mis primeros dibujos había montañas, árboles y lluvia. Y en ese fluir de la mente a los papeles, llegó, al andar del tiempo, la poesía, con su discurrir propio, anegando una vez más las otras aguas; las del amor o la filosofía, las de la expresión interior y el brotar por los veneros del alma, sin que uno pueda siquiera tratar de tapar el roto agujero por donde los años y la vida se escapan. Oh del agua como abismo, que es poema, canto y silencio entre dos silencios contiguos o retorno al pago y la ribera, allí donde la tierra y el cielo, felizmente, se juntan y se aman. Hablo del agua y se me viene un nudo a la garganta. De agua y tierra se fueron haciendo mis manos y de árboles trepados en busca de nidos, desde cuyas altas ramas gritaba mi tanta dicha. Aquellos árboles de musgos ya viejos aferrados entre sus grietas; robles centenarios que parecían destinados a no morir nunca, a ser sustento de las estrellas de mi cielo imaginado. Oh, la bendita visión de las estrellas en los charcos, ese roto fragmento de cielo del tamaño del cuenco de las manos. Nos bebíamos los luceros poco a poco, nosotros y los pájaros. Es desde entonces que ya nunca perdí el rumbo, ni el canto.

El agua estremecida de luz en sus mil formas; mansa, sobrecogida, temblorosa, honda, leve, ingrávida, intrépida o inmóvil en los diminutos mares de piedra, como si fueran llanto por los que se habían ido, unos en la guerra del treinta y tantos y otros a buscar horizontes de ausencias allende los mares.

Aquel agua, carne viva, antorcha que marcaba el ritmo de las cosechas y del quehacer en los campos, la preñez del ganado y las mujeres y la recolección de la miel o el repaso de madreñas y de arados.

Con su infinita bondad regaba las cosechas pródicamente. Aprendimos que eso era la fuente de la vida que agrandaba las espigas, las berzas o hacía florecer los geranios. Y cuando aún no llegaba a las cocinas de las casas, se recogía de los tejados y de la roca y se guardaba en los aljibes para las gentes y los ganados. Luego vinieron las cañerías desde lejanos manantiales y se celebró como Dios manda; con abundante vino y algo de pitanza. En los campos había que “amoricar” el grano y la hierba seca, hasta que llegara el tiempo de llevarla en carros de madera a los pajares o los cabazos.

Todo eran aguas y sombras; lentos los días se configuraban de aguaceros y de voces a las yuntas en los campos. Oigo ahora el gemir del pastor desterrado a las urbes de asfalto, no aquel que escuchaba el esquilón de los bueyes entre la niebla. Palpo esta tierra ya pisada, mi humedad de entonces, mi piel arañada tan otra y ya sin retorno a la lluvia de aquellas tardes de la infancia.

Aquel tiempo de oscuros días sombríos, de tardes de leve siesta con acordes de mansas acequias en los prados como si fueran nanas, de manantiales breves, de camisas empapadas de sudor y de cansancio o por las noches, las largas charlas al calor de la lumbre, donde aparecían los “Cuentos de Polavila”, leyendas repetidas y agrandadas una y mil veces, de tradición oral, que entretenían a los mayores y hacían imaginar mundos fantásticos a los más pequeños que por allí bregábamos, hasta que llegó la televisión a anegarlo todo de silencios y distancias. Noches sin más patria que las romanzas y los viejos vinos, mientras pasaban las tormen-

tas de una región a otra, de comarca en comarca, burlando las fronteras o los lindes, para alcanzar la tierra que nadie le prometiera, para erigir un futuro de brotes nuevos, de suelos de porvenir, sin orillas, sin relojes que destruyeran el tiempo ni las esperanzas. Ladraban los perros, huía la luna de las esquinas.

Sí, aquel tiempo de banderas en la brisa, nublado de inocencia, de fuego cruzado y horas sin ceniza, de lluvia por el mástil donde el futuro era sollozo de voces cansadas y osamentas de tristeza. Uno, semejaba un naufrago cercado de oscuridad y de buitres que aguardaban su ración de comida, mientras, a fuerza de no abandonarnos, desfigurábamos la inocencia. Repaso ahora, en esta borrasca misma que se me escapa de las manos y la boca; repaso, digo, horas, latidos y calendarios y veo tanta plegaria al fin, perdida; los mártires sin nombre, la ebriedad o el capricho del destino, la hoz que cortaba las alas de las espigas en aquel vergel de espadas y de amores pendientes.

Se oía venir la lluvia desde muy lejos, con sus cencerros y sus cayados, con su perfil, incendiando los campos y los hombres. Eran días de presagios ya vividos y de asumir pesares y quimeras, de besos escasos en las soledades del invierno y de remota esperanza en el futuro y las divinas palabras. Sembrábamos abrazos para poblar los graneros de ternura pero ya no estaban todos los hijos a la mesa. Había huecos como heridas, con el toro de la muerte embistiendo a cada sacudida.

El viento rompía las ramas y hacía danzar las tormentas. Era hermoso ver las azules cuerdas de agua al son de la música. Dudábamos entonces que un solo dios pudiera poner a recaudo del pedrizo, la casa, las cosechas, los bosques, la ternura.

En los cristales se dibujaban hilos de inocentes trazos que desfiguraban el crepúsculo, la humedad de los muros y la canción del tiempo.

Ahora que ya son otros los sueños y las ramas y el rumor de este mar que me asesina, veo, sin embargo aquellas palomas y los grajos cantar las mismas melodías bajo la escasa luz de la tarde extraña. Todo parece seguir igual; todo, salvo el silencio y las heridas, la paciencia y los muertos,

la ilusión y la incertidumbre. Parece igual, pero ya no es lo mismo. Queda esta póstuma certeza de saber que, sin embargo, fuimos felices en carne viva, como sólo puede serlo, sin remedio, un hijo de la suerte y de la lluvia.

Un sinfín de aves siguen al campesino picoteando su sombra extraña en el surco. Pronto, vendrá de nuevo la tempestad, desdibujando rutas y rompiendo las alas de las mariposas. Un campesino vestido aún con traje de novio, con manos inocentes cargadas de semillas de nabos o de trigo; manos amanecidas muy temprano, sin que se sientan culpables de tanta pobreza y se le rompa, al pensar en el frustrado viaje de novios, esa misma tarde, un rubor infinito en el rostro. Y se esconde en su secreto nido de sentimientos sin que pueda adivinar que el hambre es su rival y su guía, heredad de tanta ceniza que pesaba sobre sus redondeados hombros.

Sigue lloviendo en mis adentros, se calan los cauces del alma. Llueve ya sin mucha prisa, sin mucho esfuerzo. Abro la ventana empañada de tiempo y telarañas y salen palabras que son sombras extendidas hacia otro suelo de batallas perdidas, de derrotas de tantos afanes manifiestos.

De agua levantamos muros y lamentos, casas, paisajes y formas que apenas ya existen más que en el sepultado tiempo de las cosas y de las costumbres nuevas, no de aquellas otras pensadas para las gentes, salidas del corazón a borbotones; las mismas que aquellas que nos fueron forjando con buriles de agua y de consejos, con pescozones y palmadas en la espalda mientras dibujábamos contornos de grandeza y en el terso cristal de los días reinaba, sin embargo, la calma desmedida, multicolor, apasionada.

En el reverso del imaginario puerto acaricié por última vez, madre, tu cara envuelta en brisa enamorada. Y yo quería ser aquella sombra fundida en tu sombra, aquella sal, aquella quilla de la barca, aquella espuma que invadía en la noche el cansado cielo derramado en los sueños, anegados de rojo.

Es junio y ya no llueve. Ya no se llevan las riadas los puentes, ni se desdibuja la tinta en las cuartillas de la carta de la amada. Se trenza la tristeza

sobre lluvias ausentes. La tormenta se lleva las hojas no escritas, las de versos pendientes, como yedras entre piedras centenarias. Ya no hay nadie en el molino que aparte la maquila ni se ven reatas de mulos cargados de sacos de grano o de harina.

Todo cuanto tengo me doy cuenta que ya sólo es agua y silencio; tiempo y vaga memoria y este dialogo íntimo, silencioso, en voz baja, con el que me digo algunas cosas; lento como la rama del olmo que busca el río, como el mirlo que bebe y se dispersa, como una chalana que ya nunca a alcanzar la orilla, volviera. A fin de cuentas, de eso me fui haciendo.

¡Y tantas palabras para todo esto! este zumbido de gotas que caen sobre las hojas de los árboles, este sordo ruido de trueno sobre las máscaras que fuimos componiendo y que acuden ahora, apollilladas, corroídas, innombradas...

Arrimo a estas pocas palabras, sonoros cantos de neblinas, levísimos tesoros escondidos detrás de las esquinas del recuerdo que tantas cosas oscurece o aclara y escucho la canción con que el azar me ofrenda y enmiendo una mueca de reprobación en mis labios. Labios que te pronuncian, oh madre, oh lluvia, oh fértil forma de la senda que nos lleva a cerrar los párpados para recrear la belleza, encender las antorchas, preparar el lecho, restaurar el canto de los poetas, los espejos rotos del estanque por la piedra inmisericorde, el cielo desmembrado por el vuelo de un perdigón y ese miedo a la noche.

Por este cauce han pasado mis ríos. Mi corazón guarda las huellas del desastre.

